

# SEGUNDO LUGAR

## LA MODORRA

Por: Enrique Jaramillo Levi / Facultad de Filosofía y Letras

(para Maru)

—Me voy —dijo.

No me había mirado al levantarse, como acostumbraba hacerlo antes de ir a sus clases, cuando los besos no se justificaban ya pero aún quedaba su callada manera envolvente de irse despidiendo con los ojos.

La miré preguntándome qué está ocurriendo, no en ella ni en mí, sino en la habitación, en la distancia que nos separa. Entre bocados de tostada con mantequilla y tragos de café procuraba recuperar alguna noción de familiaridad en su cabello largo y leonado, en los ojos enormes, en ese aire extraño y vulnerable que era casi medieval en los matices de su expresión. Pero de todas partes se me devolvía, aumentada, la opresiva incertidumbre que yo intentaba esclarecer lanzándola fuera de mí.

—¿A qué hora sales?

—A las doce, como siempre. No te preocupes. Estaré aquí a tiempo para hacer la comida.

Salió. La encontraba hermosa esa mañana. Meses atrás aquella pregunta mía indicaba interés en pasar a buscarla para que fuésemos a almorzar en algún lugar selecto, como preámbulo a un largo paseo por el lago, transmitiéndonos por el contacto de las manos el deseo de tendernos sobre la hierba y entorpecer la digestión amándonos hasta el arrebató, sin importarnos para nada la posible intromisión de

los pescadores que a esa hora abandonan sus redes y se dirigen al pueblo charlando en pequeños grupos. Ahora sólo nos comunicamos el tedio que brota de gestos y actitudes sin novedad, repetidos hasta el cansancio, me dije aspirando una bocanada de calor, la predisposición a la queja, el regaño, el grito.

No era extraño que a esa hora comenzara a sentirse el calor. Me quité la camisa, como solía hacerlo, y fui a sentarme junto a la ventana con un libro, una novela, creo. Tal vez esta tarde reciba una carta dándome fecha y lugar para una entrevista y al final consiga empleo. Eso me parece que pensé mientras trataba de medir, con una poca atención puesta en lo que leía, una frase larguísima y complicada que se extendía hasta abarcar la totalidad del grueso rectángulo de aquel párrafo. Casi en seguida me quedé sumido en el convencimiento de que a pesar de todo la amo todavía, a mi manera, por supuesto, como una forma de darle sentido al pasado que tantas alegrías nos concedió sin exigirnos nada a cambio. No supe explicarme en qué consistía ese cariño amorfo como los pliegues de la mañana gris sedimentándose afuera, ni de qué modo se manifestaba en medio de la indiferencia.

Desperté bruscamente al írseme de lado la cabeza, y me dio rabia hacer cosas de viejos a mi edad, ni que fuera un inváli-

do. Pero a medida que iba adentrándome en un sopor irresistible, casi sensual, con ribetes de ternura espesa, como si fuera yo el que buscara su contacto para perderme en él, y no sus ondas mismas las que ahora invadían el cuarto envolviendo cada cosa hasta anularla, comprendí vagamente que si un día de estos ella no regresa, si se me va de veras para escapar a la tragedia de su desperdicio, el orden de las cosas quedará roto mucho más allá de la simple imposibilidad de prepararme yo mismo las comidas porque en mi casa me lo hacían todo y nada que no fuera estudiar a todas horas y hacer deporte importaba. Y pensé, cerrando el libro, sería muy explicable si te fueras, qué puedo darte yo, sin empleo y poniéndome cada vez más neurótico, regañando siempre por cualquier tontería, tal vez camina hacia la terminal en este momento, con lágrimas en los ojos, negándose a pensar mientras lucha por no dar marcha atrás. Aunque quizá haya logrado crearse una buena dosis de inmunidad a estas alturas, su único equipaje necesario, y no lo haya pensado dos veces.

La vi lejos, muy pequeña, parecía flotar. Un ruido disolvió la imagen. Levanté la vista. Me miraba como extrañada, los libros bajo el brazo.

—No te oí entrar. Pensé que. . .

Colocó los libros sobre un sillón. Después permaneció cerca del espejo, mirándose.

—Pero has vuelto y eso es lo que importa.

Mis palabras debieron sonarle ridículas, porque en seguida exclamó:

—Se me quedó un libro importante.

—¡Ah!

—¿Te está molestando otra vez la úlcera?

La brisa le había desordenado el cabello y éste se desparramó de pronto sobre los últimos sonidos de su voz, que aún estaban suspendidos entre nosotros, al inclinarse sobre mi mesa de trabajo para recoger la novela que yo había estado tratando de leer.

—No, no, ¿por qué?

—¡Tus ojos! Están como cuando te

duele mucho —dijo sin que se le oyera casi. Bueno, ya me voy. Se me hace tarde.

Sus pasos resonaban ya en el corredor, alejándose presurosos, en el momento que quise articular una excusa. Sentí la brisa entrando por la ventana y supe que la lluvia no tardaría en caer sobre su cuerpo. Recordé las veces que nos habíamos dejado empapar corriendo sin rumbo alguno por calles encharcadas, muertos de risa. Eran los tiempos en que no hubiera sido concebible el rompimiento del hechizo. Después vino el desempleo, los meses que ella trabajó para mantenernos, el embarazo imprevisto que decidimos malograr, el miedo a manifestar los demonios de la culpa.

Tardé en notar cómo el agua salpicaba mi brazo cercano a la ventana mientras evocaba residuos despojados de significado por la inercia. Cerré la ventana y fui al comedor. Iba a prepararme algo de comer pero las ganas súbitas de seguirla, de echar a correr tras ella y decirle eres libre, tantas cosas, me impulsaron hacia la puerta.

El aguacero se hizo torrencial y la idea perdió sentido. Me aseguré que pronto escaparía y que, como antes, yo estaría esperándola en la cafetería de la Universidad cuando saliera de sus clases. Ya no tenía apetito, así es que regresé al cuarto y me puse a contestar varias cartas pendientes. En una le decía a un amigo, escritor frustrado y ahora periodista, que existen varias convincentes versiones de nosotros mismos, el problema es decidirse por una, ya que no se trata de que cualquiera sea mejor o peor que otra. Le aseguré que lo importante es escoger. Lo que en realidad yo quería explicarle era que detrás de los ojos, como en un baúl cerrado, es oscuro, no cuentan para nada los minutos, no se sabe qué diablos hacer con el fracaso, y no hay nadie más que nosotros. Pero al final terminé por romper la carta.

Al rato dejó de llover y el calor se instaló en el cuarto nuevamente, aun después de abierta la ventana, con su gran peso caprichoso que me sumergió muy pronto en el letargo.

México, 15 de mayo de 1972